

En el 250º aniversario de Las confesiones de J.J. Rousseau¹

Gabriel Jaime Murillo Arango

16

Gracias a los hallazgos de nuevas historias que han sabido valerse de otros métodos y otras formas de ver e interpretar, hoy conocemos más acerca de las relaciones que se tejen entre las técnicas de cuidado de sí, las artes de vivir, los rituales de la oralidad y la escritura, y sus justificaciones pedagógicas a lo largo de las distintas épocas históricas. Así es como el trabajo genealógico permite apreciar, en una perspectiva de larga duración, las continuidades y rupturas reveladoras de la trama de las sociedades humanas en los pliegues de una vida singular, a partir de tomar las historias de vida como otra más de las técnicas de sí. En conjunto, estas últimas designan la serie de hábitos, procedimientos, operaciones y ejercicios (físicos y mentales) que configuran una práctica voluntaria, personal, destinada al logro de niveles de perfeccionamiento de las conductas y actuaciones del individuo con arreglo a fines del buen vivir. Son variaciones del tema autobiográfico: el examen de sí estoico, el examen de conciencia y la confesión cristiana, la autobiografía pietista, incluso la autocrítica staliniana, la cura psicoanalítica o el *curriculum vitae*. Cambian las motivaciones, intenciones y finalidades, sin duda, aunque permanecen encuadradas en las reglas sociales, culturales y políticas que dictan las condiciones de enunciación que las hacen posible.

Una enumeración semejante es sometida a la criba con el fin de identificar las intenciones de investir o no dichas prácticas de impulsos transformadores del yo, y así poder ver los rasgos que diferencian, por ejemplo, los antiguos ejercicios espirituales que conciben la filosofía como una forma de vida, de los relatos de testimonio, y más aún de las distintas mediaciones biográficas propias de las redes digitales actua-

les. Es, pues, el proyecto de formación un criterio de clasificación que orienta en la vasta producción acumulada en el espacio biográfico.

De este modo se admite la existencia en varias culturas de un género llamado indistintamente novela de formación o de educación o de aprendizaje, que no oculta sus especificidades nada más traspasadas las barreras lingüísticas. En la novelística romántica cabe distinguir, por un lado, una intención pedagógica explícita en las obras de lengua francesa que exalta nuevos patrones de relación con la naturaleza y con el mundo junto con la afirmación de la posición social burguesa, mientras al otro lado de la frontera alemana la trama narrativa es más proclive a la introspección y al examen interior de conciencia —conspicuamente *Las tribulaciones del joven Wilhelm Meister* de Goethe—. La línea de demarcación muestra que en Francia la novela de formación se reviste de interés social, haciendo alarde de una conciencia subversiva de los valores aristocráticos y clericales que adornaban el Antiguo Régimen, frente a la *Bildungsroman* que persigue un ideal pleno de armonía interior y equilibrio de un ser siempre insatisfecho de sí mismo, basado en ejercicios de meditación espiritual sacados del legado filosófico que caracterizan el movimiento de autobiografía pietista. De hecho, en Alemania el Romanticismo es más que una tendencia literaria o estética; se trata de un paradigma con aspiraciones de un “saber total” que reúne una teoría del conocimiento, una antropología, una cosmología, una ética y una política. En esta encrucijada de saberes que circulan en la Alemania del cambio de siglo XVIII al XIX se instala progresivamente un género discursivo donde convergen



Elizabeth Builes. *Bosques*. Ilustración poemario *El sacrificio de las palabras no dichas*

el interés por develar los misterios del cosmos con respaldo en una “filosofía natural”, y la revelación de los sueños y pesadillas nacidos en lo más íntimo del corazón, tamizados por la conciencia reflexiva de un ser autónomo.

En los preliminares de este relato ha sido dejado al margen un género que contribuyó no poco al despertar autobiográfico del siglo XVIII, cargando sobre sus hombros una cruz de transgresión moral con la rúbrica de la literatura erótica o pornográfica. Así prefiere nombrarla Robert Darnton a esa época turbulenta transcurrida de 1650 a 1800, particularmente en Francia, cuando las más diversas formas de expresión del “sexo para pensar” adquirieron la categoría general de “libros filosóficos”: “el sexo es a la gente común lo que la lógica es para los filósofos: ayuda a que las cosas adquieran un sentido”.² La categoría reúne los más radicales discursos antirreligiosos y anticlericales que cubren la reivindicación de la libertad de

expresión, los placeres de la carne, los vicios, la anormalidad, los espacios íntimos proclives al pecado, condensados en la célebre “filosofía del tocador” del marqués de Sade. Para los lectores “ilustrados” (encabezados, cómo no, por los autores de la *Enciclopedia*), estas obras representan la “novela negra” de formación, soportada en la tensión característica del pacto que se establece entre un autor despojado del pudor y la vergüenza, y un lector ávido de experiencias extrañas, aunque ciertamente familiares.

Nada de lo cual pudo ser ajeno a Rousseau, quien simboliza la pérdida de la inocencia mediante una práctica de introspección o examen de sí plasmada en una escritura del yo que comienza por interpelar al supuesto lector, a quien pide una actitud indulgente ante el relato de su vida atormentada. Sea esta la ocasión de recordar una de las obras imprescindibles de la literatura biográfica, justo en el 250º aniversario de la fecha en que fue anunciada su culminación, aun cuando no ingresó a la imprenta hasta después de la muerte de su autor en 1778. Es suficientemente conocida la anécdota referida en el libro VIII de *Las confesiones* sobre el episodio de conversión a la manera de san Pablo: Rousseau, pasando justo al frente del hospicio donde tiempo atrás había abandonado a uno de sus hijos naturales, rumbo a la cárcel donde fue hecho prisionero su amigo Diderot, lee el anuncio de la convocatoria del concurso de la Academia de Dijon que plantea la pregunta sobre si el progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper o a depurar las costumbres. Entonces, en ese instante único, no solo hubo de cambiar su vida misma, sino de iluminar el fundamento filosófico de toda una obra, a pesar de que más adelante se devela que no fue este el único instante ni tampoco la primera vez que en *Las Confesiones* se refieren más acontecimientos decisivos que marcaron su identidad. La puesta en intriga del relato recurre a una operación de transducción por medio de la cual, sobre el fondo de repeticiones cíclicas, ciertos momentos de la existencia son reconfigurados

al modo de cristales que captan los destellos en tonalidades diferentes que iluminan el sentido de una trayectoria vital.

En sus palabras, el motivo principal de *Las confesiones* consiste en poner al descubierto los pensamientos interiores que acompañan las situaciones cruciales de su vida (“la historia de mi alma”, “mi yo interior”), como testimonio genuino de que él es quien es, mediante un acto de nominación del yo a quien el relato no cesa de nombrar en la tercera persona de “Jean-Jacques”. Por medio de este acto de habla queda sellada la correspondencia biunívoca entre la individualización del yo y el ejercicio de la escritura.

Con Jean-Jacques Rousseau la narración de la intimidad atraviesa la línea que separa lo público de lo privado, constitutiva del fundamento mismo del orden burgués, para instalarse definitivamente en los ámbitos de nuestra contemporaneidad. Desde entonces, el relato de la propia vida y la revelación de secretos íntimos denuncian una reacción ante la fuerza invasiva del poder público que induce la normalización de las conductas, anteponiendo la “voz interior” como garantía de autenticidad y validación de lo dicho en el gesto de sollicitación de un lector cómplice. Con el autor del *Emilio*, *Las confesiones*, *Las ensoñaciones de un paseante solitario*, entre otros títulos, se desencadenan una economía y una poética de relatos de vida de corazones solitarios que se recrean en su historia, en medio de una naturaleza exaltada como guardiana de los bienes originarios de antes de la caída —una cierta ideología naturalista que no renuncia a sus derechos más de dos siglos después—. A propósito de esta operación ambigua del corazón abierto a la vez a la naturaleza y a la historia, la filósofa y poeta María Zambrano comenta:

Nace la vida novelesca, el vivir literario. Vida que en su propia expresión halla su objeto. “El ave que rasga el pecho / y da a comer sus entrañas por amor” de la poesía medieval, se ha tornado en el ave que se alimenta de sus propias

entrañas. Pronto se formará ese dulce filtro que será la literatura de semiconfesión, poesía literaturizada, poesía novelesca, historizada, en que la secreta vida del corazón se ofrece para ser bebida, consumida por una avidez cada vez mayor. Será el Romanticismo. Pero, mientras esta forma de confesión no sea sustituida por otra, la literatura vivirá, seguirá viviendo del romanticismo, seguirá siendo la búsqueda, cada vez más exasperada, de un paraíso artificial.³

Aquel niño que recorre las primeras páginas de *Las confesiones*, tal y como fuera pintado más atrás en el *Emilio*, será también protagonista del proceso de surgimiento de los relatos de infancia en cuanto objeto de la literatura, paralelo a la emergencia de un saber especializado en y sobre la infancia que no tarda en conquistar posiciones en el campo de las ciencias humanas. Con el *Emilio* hizo su aparición una noción de infancia con rasgos de identidad propios, que reconoce el lugar del sujeto infantil en el orden natural de la vida humana, abierto al desarrollo de las potencias afectivas y cognitivas, ya visto de un modo diferente a esa persona en miniatura carente de libertad y poder de elección reflejada en la mirada infalible del adulto. Desde entonces, el horizonte de formación demanda que dicha historia pueda ser contada aun desde la infancia.

Notas

- 1 Versión adaptada de un fragmento del capítulo 3 del libro *Conversación en las aulas. Ensayos de investigación biográfica narrativa en educación*, próximo a publicarse por la Editorial Universidad de Antioquia.
- 2 Darnton, Robert (2003). *El coloquio de los lectores*, Fondo de Cultura Económica, p. 61
- 3 Zambrano, María (2004). *La confesión: género literario*, Siruela, p. 88

Gabriel Jaime Murillo Arango. Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín— y doctor en Educación de la Universidad de Antioquia donde se desempeña como profesor.